

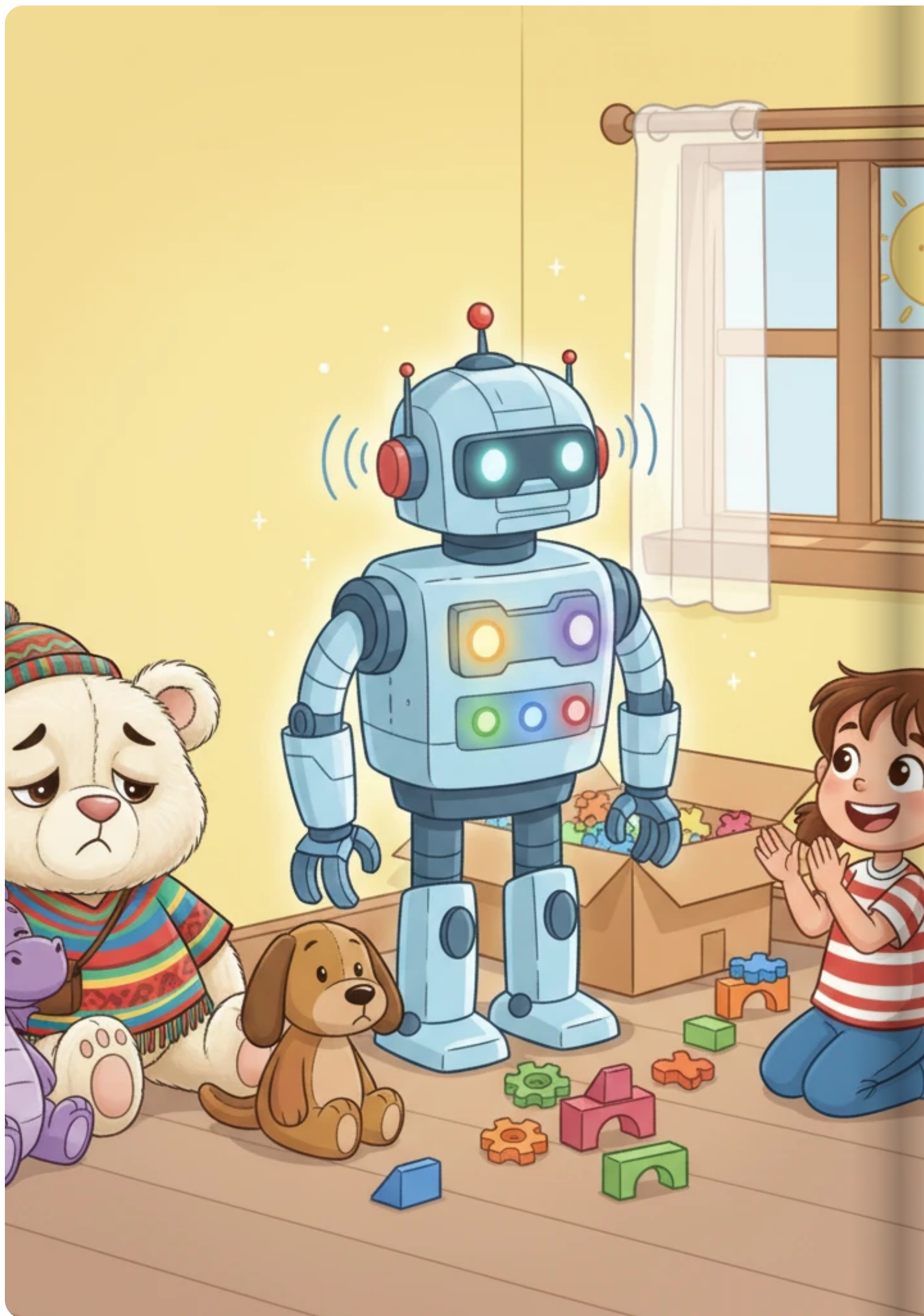


Pelusín, el Oso Valiente

piesinombre



Pelusín, un osito de peluche suave y sonriente, estaba sentado felizmente en la cama de la pequeña Sofía. Su pelo era de un color miel brillante y sus ojos de botón brillaban con alegría. Miraba a su alrededor, rodeado de otros amigos de peluche, sintiéndose el juguete más querido de todos.



Un día, un paquete grande y ruidoso llegó a casa. Dentro había un Robotín, un robot brillante y parlanchín que hacía luces y sonidos. Sofía se emocionó tanto que solo jugaba con Robotín, y Pelusín y sus amigos se sintieron un poquito olvidados en un rincón.



Pelusín se reunió con sus amigos, la conejita Algodón y el perrito Saltarín, debajo de la cama. Sus caritas de peluche estaban tristes. Se susurraban con preocupación sobre cómo Sofía parecía haberlos olvidado por completo. Decidieron que debían hacer algo para recordarle a Sofía cuánto la querían.



El grupo de amigos ideó un plan un poco alocado. Intentaron apilarse unos sobre otros para formar una torre gigante y llamativa. Pero la torre se tambaleó y cayeron todos con un suave "¡Puf!". Su intento de llamar la atención de Sofía terminó en un divertido y mullido desastre.



Pelusín se sentía desanimado, con sus orejas caídas. De repente, una voz dulce y sabia sonó: era Elefante Sabio, un viejo peluche de la abuela. "Pelusín", dijo Elefante Sabio, "el verdadero cariño no se gana con trucos, sino siendo tú mismo y mostrando tu gran corazón".



Más tarde, Sofía estaba buscando algo desesperadamente. "¿Dónde está mi dibujo favorito?", exclamó con lágrimas en los ojos. Era un dibujo de ella y Pelusín, y no lo encontraba por ninguna parte. La niña revisaba sus juguetes, pero el dibujo no aparecía.



Recordando las palabras de Elefante Sabio, Pelusín sintió una chispa de valentía. Se deslizó con cuidado bajo la cómoda, un lugar oscuro y un poco aterrador para un peluche. Sus amigos Algodón y Saltarín lo animaban desde la seguridad de la alfombra, con los ojos bien abiertos de emoción.



Con un gran esfuerzo, Pelusín logró encontrar el dibujo arrugado entre el polvo y algunas canicas perdidas. Lo sujetó con sus bracitos de peluche y, con ayuda de sus amigos, lo empujaron hasta que estuvo a la vista de Sofía.



Sofía vio su dibujo y dio un grito de alegría. Levantó a Pelusín y lo abrazó con todas sus fuerzas, apretándolo contra su mejilla. "¡Gracias, Pelusín! ¡Eres el mejor!", exclamó, dándole un beso en la naricita. El osito sintió el calor del amor de Sofía de nuevo.



Esa noche, Pelusín se acostó junto a Sofía, sintiéndose más feliz que nunca. Había aprendido que el amor no tiene que ver con ser nuevo o llamativo, sino con el cariño y la amistad que se comparte. Todos los juguetes de la habitación sonrieron, sabiendo que eran parte de una gran familia.